

## **DESARROLLANDO UNA ÍNTIMA RELACIÓN CON CRISTO**

*Referencia: Envío Nacional de Cursillos – diciembre 2010*

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad nos provee un método seguro que nos permite vivir lo fundamental cristiano en los ambientes donde Dios nos ha colocado. Este método es nuestro trípode interior de Piedad (Corazón), Estudio (Inteligencia), y la Acción (Voluntad). Estas tres cualidades corresponden a las funciones básicas de la persona humana; que son: pensar, querer, y actuar; acciones que en sí corresponden con las virtudes teológicas de la Fe, la Esperanza, y el Amor.

Recordemos que Dios nos amó primero. ¿Cómo sabemos esto? Porque nuestro Señor Jesucristo, haciendo la voluntad del Padre, se encarnó en humanidad para redimirla, y traernos el conocimiento, la vida, y el amor del Padre prolongado con y en el Espíritu Santo el cual hace a Cristo presente en nuestra vida, templos vivos del Espíritu Santo.

Nuestro Señor Jesucristo fue tan obediente a la Voluntad del Padre que él experimentó su pasión y muerte y al obrar así, murió por ti y por mí. En estas acciones, él introducía conscientemente en este mundo un amor original el cual era desconocido hasta que él mismo lo vivió. Actuando así, él concretó e innegablemente demostró cómo él entendía y manifestaba su amor: *“No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos.”* (Jn. 15:13)

La pasión y muerte de Jesús deben conducirnos a reflexionar en el amor que Dios nos tiene no sólo como comunidad de creyentes sino, como amor individual para cada uno de nosotros. Dios nos ama a cada uno de nosotros de una manera íntima y profunda.

La pasión y muerte de Cristo nos debe también conducir a reflexionar y a entender que como discípulos que fielmente seguimos a Jesús, estamos llamados y procurados a seguirlo en la aversión, irrisión, incluso en la persecución de aquellos que encuentran el Evangelio una amenaza a sus maneras de pensamiento, deseos, y acciones. Debemos recordar las palabras de Jesús; *“Cuando el mundo los odie, recuerden que, primero que a ustedes me odió a mí. El servidor no es más que su patrón.”* (Jn 15:18, 20).

El amor es por lo tanto el regalo de uno mismo y el deseo a la felicidad de sus amigos; un amor que es tan total, que incluso, uno está dispuesto a sacrificarse por ellos. Hay una abundancia de ejemplos de esta clase de generosidad a lo largo de las Escrituras del Nuevo Testamento; por ejemplo en Romanos 5:8, Pablo nos dice, *“pero Dios dejó constancia del amor que nos tiene y, siendo aun pecadores Cristo murió por nosotros.”*

El Señor incluso va más allá. En Juan 15:9, leemos, *“yo los he amado a ustedes como el Padre me ama a mí; permanezcan en mi amor.”* Por lo tanto, no puede existir más la cuestión de unión humana individual; el amor de Cristo es también amor Divino. Amar como Cristo es amar de ambas formas, Espiritual y humanamente; es compartir en el propio amor de Dios y extenderlo a los demás.

En cierto sentido, toda la verdad es amor, ya que como San Juan nos dice, *“Dios es amor.”* (1 Jn 4:8). Amar es poseer a Dios y estar nosotros sumergidos en Dios; es el

amor de Dios en nosotros, comunicado por la presencia de las tres Divinas Personas, que nos convertirán a vivir sumergidos en la Gracia santificante, siguiendo siempre el camino precisado para nosotros por la luz de la Palabra de Dios. Y es así que el amor de Dios se manifiesta en nosotros, transformándonos e identificándonos con las tres Divinas Personas mediante nuestra completa unión con Jesucristo.

Por lo tanto, para que nuestra piedad sea genuina, es absolutamente necesario que tengamos una íntima relación con Jesucristo. Y para que esta relación íntima con nuestro Señor, Rey, y Redentor, Jesucristo, comience o vuelva a ser; debemos morir a nuestra actitud egocéntrica y voluntad humana.

La vida de San Pablo, santo patrón del Movimiento de Cursillo, es un espejo perfecto de ejemplo por el cual podemos examinar el estado de nuestra propia piedad; de nuestra relación íntima con Jesucristo. El encuentro de Pablo con Jesús fue uno que le permitió apreciar el enorme amor que Dios le tenía, y le hizo encontrarse a sí mismo, un encuentro con sí mismo que le hizo reconocer lo pecador, débil, e insignificante que él era. Es solamente por este encuentro con el Señor Jesús que hizo a Pablo realizar que nada más importaba, solo el discernir y obedecer la Voluntad de Dios.

Es mediante una relación íntima con Jesús que experimentaremos el perdón y el amor de Dios; la capacidad de entregar nuestra voluntad, y confianza; y ser obedientes a Dios convirtiéndonos en verdaderos discípulos a nuestro Maestro Jesucristo; entregando nuestra voluntad y permitiendo que la luz de Jesús encienda nuestra alma.

Si no pasamos por esta realización de nuestra pequeñez y reflexión diaria de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor, será muy fácil que caigamos en una creencia falsa; pensando que solo con nuestros propios esfuerzos seremos capaces de vivir una vida piadosa.

Jesús, Salvador nuestro, verdadero Dios y verdadero Hombre, ha de ser la única razón de todas nuestras devociones; de otro modo las devociones serán falsas y engañosas. Él es el Alfa y el Omega, el principio y fin de todo. *“y por esta causa me fatigo luchando,”* dice San Pablo, *“para hacer a todo hombre perfecto en Cristo.”* (Col. 1:28-29).

Ya que solo en él recae toda la plenitud de la divinidad y la plenitud de la Gracia, la virtud, y perfección. Solo en él hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual; él es el único Maestro de quien debemos aprender; el único Señor de quien debemos depender; la única Cabeza a quien debemos estar unidos y el único Modelo que debemos actualizar.

Él es el Médico que puede curarnos; el único Pastor que puede alimentarnos; el único Camino que puede conducirnos; la única Verdad que podemos creer; la única Vida que puede hacernos conscientes y crecer cada vez más en Gracia. Él es el todo a nosotros y solo él puede satisfacer todos nuestros deseos.

No se nos ha dado ningún otro nombre bajo el cielo por el cual seremos salvados. Dios no ha puesto ninguna otra base para nuestra salvación, perfección, y gloria, que Jesús. Según Jesús vive en nosotros, si vivimos en Jesús, no tenemos nada que temer.

Cada hora de nuestra vida debe proyectar poco a poco a un Jesucristo vivo, normal, y presente. El corazón de las Buenas Nuevas es que Dios en Cristo nos ama, como San Pablo expresó; *“el hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.”* (Gal. 2:20) *“Dios mandó a nuestros corazones el Espíritu de su propio Hijo que clama al Padre.”* (Gal. 4:6) *“Cristo es mi vida, y de la misma muerte saco provecho”* (Filipenses 1:21)

En el Rollo de piedad, santidad se define como *“la dirección de toda nuestra vida hacia Dios.”* La dirección implica un camino, una trayectoria, una visión, un lugar definido hacia donde nos dirigimos y toda nuestra vida es dirigida hacia Dios. No dividimos en compartimientos nuestra fe. No podemos dar a Dios solamente una parte de nosotros. Tiene que ser todo o nada si nuestra conversión ha de seguir siendo válida. Recordemos las caricaturas de la Espiritualidad descritas en el Rollo de Piedad; Beatos, Practicones y Fariseos. El problema con la falsa piedad es que nuestra vida espiritual se convierte en nada más que una apariencia y una personalidad egocéntrica.

Dirigir toda nuestra vida en dirección a Dios –un encuentro amoroso y personal con Dios, revelado personalmente a nosotros a través de Jesucristo– envuelve, primero que todo, el conocimiento de Jesucristo. Conocer a Jesucristo significa algo más que el conocimiento acerca de él. Conocemos a Jesucristo cuando nos encontramos con él personalmente. La meta de todas nuestras acciones humanas es actualizarnos en Cristo, para poder ser un canal del amor de Dios dirigido a todas las personas que encontremos, para que estas puedan decir: *“Yo creo, porque he tenido una experiencia personal con Cristo, él ha tocado mi corazón”*.

El conocimiento de Cristo es impartido por Cristo mismo, no a través de meras palabras y acciones humanas. Las personas deben ver a Cristo en nosotros y deben entrar en relación con él por sí mismas. Compartir nuestra vida en Cristo con nuestros amigos, permite que, a través de la Gracia de Dios, ellos se encuentren a sí mismos y estén en disposición de encontrar una conversión. Debemos recordar que metanoia solo puede suceder con un cambio de corazón y este cambio de corazón no puede acontecer si Cristo es reducido a una doctrina o un sistema de creencias.

Dirigir toda nuestra vida hacia Dios significa seguir a Cristo, y seguir a Cristo es algo más que seguir una idea, una filosofía o una doctrina. Seguir a Cristo significa consagrar nuestra vida a la persona de Cristo. Jesús dijo: *“Sígueme.”* Metanoia no es la conversión a un sistema, a una filosofía o a un mensaje, mas bien significa el cambio total de nuestra mente y corazón hacia Dios. San Pablo nos dice en Efesios 3:17, *“que Cristo habite en sus corazones por la fe.”* El seguir a Cristo nos brinda frecuentemente gran gloria y beneficios. No del estilo mundano pero sí del estilo que nos haga producir frutos para una vida eterna. Al mismo tiempo, seguir a Cristo no es siempre fácil y muchas veces hasta bien incomodo. Cristo dice a San Pedro en Juan 21 que, *“otro te amarrará la cintura y te llevará donde no quieras.”* Nuestra vida en Cristo muchas veces nos llevará por caminos que nunca podremos imaginar, pero aun cuando el camino sea difícil, valdrá la pena recorrerlo.

Cuando hablamos de conversión, a veces tomamos lo que luce bueno y descartamos el resto. No puede ser así con Cristo. Nuestras circunstancias y situaciones diarias son siempre parte de nuestra vida en Gracia. Seguir a Cristo no es fácil, pero para mantener vivo el amor de Dios dentro de nosotros debemos estar siempre renovándonos. Por esto es que la Reunión de Grupo y la Ultreya son medios esenciales para compartir nuestra piedad, estudio y acción. Si tratamos de vivir la Vida en Cristo solos y en nuestros propios términos, estaremos condenados al fracaso. Sin una renovación diaria de nuestra conversión inicial, el amor por nuestro Señor desvanecerá rápidamente.

San Juan de la Cruz describe la tercera y final etapa de la vida espiritual como la Etapa Unificadora. El usa la imagen del leño y el fuego. Cuando el leño (el alma) es tirado al fuego (Dios) será finalmente consumido por el fuego el cual brillará más. Así es como es nuestra conversión en Cristo. Somos consumidos por el amor de Dios y estamos plenamente vivos en él.

Como quiera que sea, cuando abandonamos una vida de piedad auténtica, nuestra vida en Cristo se desvanece. Pero si estamos conscientes de nuestro trípode interno: piedad, estudio y acción, veremos este trípode como el leño que mantiene ardiendo nuestra relación íntima con nuestro Señor Jesucristo. Eso es todo lo que significa el Cuarto Día: no es darnos unos logros altos y momentáneos, sino darnos algo que nos mantenga y sostenga el amor de Dios ardiendo en nosotros hasta que nos encontremos con Él cara a cara.

Que podamos repetir las palabras de San Pablo, “*y ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.*” (Gal. 2:20). Ésta es la piedad verdadera - nuestro corazón amará como Cristo y estará abierto y permitirá ponernos la mente de Cristo (estudio) y a su tiempo, nuestra acción, nuestra actitud, y nuestra voluntad humana será consumida por Dios Padre, Dios hijo, y Dios Espíritu Santo, y todos nuestros actos humanos serán los actos de la Divina Voluntad.